

T.L. de Victoria (1548-1611), estilo e idea

Sobre el músico español Tomás Luis de Victoria se escribió mucho a fines del siglo XIX y principios del XX, con motivo del resurgimiento de la polifonía antigua. Pedrell y Manuel de Falla volvieron hacia él su mirada cuando intentaron un resurgimiento de la música en España. Y los grandes musicólogos, desde Higinio Anglés a Samuel Rubio, han hecho estudios definitivos sobre su persona y su obra.

Angel Barja

Victoria fue el séptimo de once hermanos. Nació en Avila el año 1548 como fecha más probable. Aunque hay quien dice que nació en 1550, si son falsas las fechas anteriores a 1548, ya que en este supuesto los padres de Victoria habrían tenido dos hijos por año, lo cual —hoy por hoy— no parece posible. Tampoco nació en el pueblecito de Sanchidrián, cercano a Avila, como se ha escrito tantas veces, sin otro fundamento que el de no encontrar en Avila las actas de su nacimiento.

El padre de Tomás Luis murió joven, quedándose la madre con la numerosa prole. Por fortuna, los hermanos de Tomás Luis eran emprendedores y sacaron adelante la familia. Dos de ellos —Antonio y Juan— eran «personas de gran entendimiento, criados toda su vida en los negocios, dentro y fuera de España y que habían nacido para esto porque tenían grandísimo pecho», dice la crónica.

Medina del Campo era entonces un centro comercial al que acudían gentes de todas partes. Precisamente los hermanos de Victoria antes citados fundaron en Medina del Campo el primer Banco de comercio para que asentasen en su libro cuanto querían las personas que en él tenían cuenta.

En cuanto a Tomás Luis, dio muy pronto señales de su amor por la música y se escapaba, no a los mercados, sino a la Catedral de Avila para oír los coros y el órgano. Terminó por entrar de niño cantor en la Catedral, siendo acogido como alumno en las clases de música que allí se impartían: Tres horas diarias de música y



canto, a cargo del maestro Bernardino de Ribera.

Durante nueve años estuvo Victoria a la sombra de la Catedral y de sus maestros de música. A sus 18 decide ir a Roma. No está claro por qué quiso ir a la ciudad eterna ni cómo pagó tan largo viaje. Hay quien dice que fue Felipe II quien lo becó para esta etapa fundamental de su vida. Parece más probable que fuera su tío Juan quien le pagó el viaje, pues lo acompañó hasta Roma y lo confió al célebre Colegio Germánico, que albergaba a estudiantes alemanes.

Victoria debió de pasar dificultades económicas, ya que cambia frecuentemente de sitio y de oficio. A los dos años de entrar en el Colegio, lo abandona para ser organista de la iglesia española de Montserrat en Roma. Poco después sucede a Palestrina como maestro de capilla del Colegio Romano. La mayor parte de su tiempo lo dedica a estudiar música y a componer obras, a la vez que empieza a pensar en hacerse sacerdote.

Es indudable que Victoria dominaba perfectamente la técnica musical cuando partió

de España; pero su estancia en Roma le dio una experiencia que no hubiera tenido en su patria. A los cuatro años de estar en Roma ya publica obras tan importantes como «O magnum mysterium», «Vere languores» y la misa «O quam gloriosum». Estas ediciones se suceden con frecuencia y a todo lujo, señal de que su música era aceptada con entusiasmo.

Victoria permanece en Roma cerca de 30 años, volviendo definitivamente a España en 1585 ó 1586. Su regreso es notorio, porque viene nombrado por Felipe II como capellán de su hermana la Emperatriz María de Austria, que vive en Madrid en el Monasterio de las Descalzas Reales. Victoria se presenta al Rey y le entrega una obra maestra, el «Officium Haebdomadae Sanctae». En Madrid, Victoria vive sencillamente, dedicado a su trabajo de capellán y a cuidar nuevas ediciones de sus obras, que ya recorren Europa. Vivía en la calle Arenal, al lado de la Puerta del Sol, en unas casas de sus hermanos. Allí murió el 27 de agosto de 1611, a los 61 años. Fue sepultado en el

Monasterio de las Descalzas Reales, ignorándose el lugar exacto.

La obra de Victoria es muy selecta y fue escrita a lo largo de su vida, sin pausas ni silencios, incluso durante sus últimos años en Madrid. Todo lo que conservamos es música sacra: Misas, Motetes, Himnos, Responsorios, Cánticos, etc. ¿Escribió también música profana? El año 1573 se celebró en el Colegio Germánico una gran fiesta que consta en crónica, siendo Tomás Luis de Victoria el encargado de amenizarla por medio de la música. Se cantó durante el banquete y, más tarde, en el edificio que se inauguraba, motivo éste de la fiesta. Se cantó con coros y con instrumentos, y el autor de la música fue Victoria. Apenas se concibe que en una fiesta que dejó tanta huella en la crónica, y en un ambiente de comedor bullicioso, se cantase un Motete o el mismísimo «Sepulto Domino». Es más aceptable que Victoria escribiese algún Madrigal y música instrumental. A dónde ha ido a parar esta música es cosa que se ignora.

Victoria tiene un lenguaje



musical original y audaz para su época. Aún siendo discípulo, quizá indirecto, de Palestrina —maestro del clasicismo polifónico— Victoria se aleja de él. Palestrina es geométrico; Victoria, bilógico. Palestrina es técnico y hombre de oficio; Victoria es místico y hombre intuitivo. Palestrina tiene la cuadratura y la solidez del arte griego; Victoria, la ambigüedad y la poesía del arte oriental. Por algo decían de él que «tenía sangre mora».

Contemporáneo de Victoria fue el pintor El Greco, nacido siete años antes que él y muerto tres después. Victoria es El Greco de la Polifonía. Las figuras transfiguradas de El Greco, llenas de luces y sombras, que parecen vivir detrás del éxtasis, son la correspondiente pictórica de la música de Victoria. El Greco violentó las normas de la pintura clásica italiana hasta el punto de tener que abandonar la clásica Roma por la futurista Toledo.

Victoria no abandonó Roma sino muy tarde, pero su música estaba lejos de allí.

La música de Victoria es pura expresión, y la técnica se funde con ella como el alma y el cuerpo. El artista verdadero

es aquel que tiene la libertad interior suficiente para poder unir su técnica y su pensamiento de tal forma que la obra de arte resulte única y necesaria. La idea, el contenido, el significado ideal de la música de Victoria —especialmente del «Officium»— es su propia alma y su sensibilidad de artista en total coherencia.

Victoria era un hombre místico, es decir, una persona que ha alcanzado el equilibrio de todas sus fuerzas interiores, que ha alcanzado la paz. Como El Greco, cuyas figuras parecen escaparse hacia arriba en una sutil ascensión, también la música de Victoria contiene la fuerza sutil y el ímpetu sereno de un alma liberada. El «Officium» es la transmutación sonora de la experiencia mística de su autor. En él está presente, desnudo y humilde, el misterio de la vida y de la muerte, vistos con la serenidad de un artista maduro y de un hombre ya pacificado. En este sentido, su paralelismo con San Juan de la Cruz, también abulense y alúsimo poeta, viene espontáneamente al pensamiento. No es de extrañar que Manuel de Falla tuviera por Victoria una especial ternura.

No supe encontrar un título adecuado para esta farsa que juntos escribimos

Manuel Fco. Rodríguez García

UN MES DE JULIO. Desde entonces viene siendo mentira casi todo. Los grandes bloques de cemento gris, los inoportunos semáforos, las comidas a deshoras, los escasos sentimientos de alegría, la costumbre de olvidar, las gentes, pocas, ya sabes, en vacaciones todos huyen a la costa buscando algo en lo que no creen y para lo que trabajan once cochinos meses de cada año, los anuncios de publicidad, e incluso tú. Simple rutina de unos días impuestos, sembrados de ese hastío que nos hace fieles al nuevo amanecer, a las nuevas razones para no escapar dejando una nota en la mesilla. En fin, qué te voy a contar que tú no sabes, qué te voy a mostrar que no hayas visto antes: siluetas amorfas, leales al paseo vespertino, a la carnicula insopor-

table, al sentimiento de asfixia, permanente en todos los rincones y que parece no acabar nunca.

UN COCHE ROJO. Y aún no sé por qué repaso estas costumbres, estos hábitos que heredé de tí; fórmulas extrañas que nadie reconoce, conjeturas transparentes a las que nadie se acerca por miedo a esa verdad nada tangible. Querida Claudia, para qué contarte, como si de barata dialéctica se tratara, que estoy saciado de vivir en este presente que tú odiabas, que he dejado de creer en Dios con la misma fuerza que dejaste de creer en los libros, los amigos, la ciudad; que aborrezco salir de casa por miedo a ese aspecto hinóptico del tiempo que hace de los niños hombres en un abrir y cerrar de ojos, que hace de tí y de mí,

un ayer, un recuerdo y que, como tú, no me ando con composturas para con el descompuesto mundo que nos tocó en suerte.

UN ACCIDENTE. Tu cuerpo estaba allí, expuesto a un calor que no merecía, dictando la sentencia justa, el fiel veredicto a la necesidad de huir, la ratificación solemne de una nota que podrías haberte ahorrado, y que aún no he sabido olvidar. Pero ante todo, Claudia, debo desmontar la tragedia, reaccionar como el viudo perfecto que no soy, cumplimentar saludos y preguntas en la escalera, y contar que fue un suicidio, que hay que seguir luchando, que la vida continúa. Tópicos que me llenan la boca de espuma con sabor amargo, que son estúpidos, que me dan lástima.

UNA AMBULANCIA. Alaridos, carraras, la sangre que emana a borbotones, más gritos, respiración artificial, rápido, rápido, llamen a una ambulancia. Como comprenderás, todo lo que hice fue observarlos, apreciar sus maniobras, dejarme trasladar, y la inoportuna sirena para tan poca prisa. Llegaron luego las frases amables, el certificado de defunción, los lloros de tu madre, las vecinas y sus pesames. ¡Ah!, y el entierro.

UN ENTIERRO. Siempre mantuvimos paralelas formas de abandono, tú lo sabes. Intentábamos que el ritual no se quedara en el orgasmo nocturno y los domingos al cine o al teatro. Cumplimentábamos una serie de desórdenes que se hicieron poco a poco formas de actuar y de vivir. Que fueron, para qué voy a negar-

lo, formas de morir. Acelerado progreso a la decadencia. Pero de nada sirve lamentarse. Aquello fue una fiesta pagana por todo lo alto. Desmayos, lloros enlazados con sonoros hipoes que rompían todo acercamiento a esa mística que a tí me conducía, gritos que pedían alguna razonable explicación a un Dios para el que representábamos la ceremonia, alguna absurda mirada de impotencia, y poco más. El regreso en taxi, la ducha fría, mi primera noche solo.

UNA NOTA EN LA MESILLA. «Estoy harta de vivir en la mentira de un amor que sólo cabalga en las ancas de un ayer que no se hizo presente. Adiós». Sin comentarios.

UN POSO DE AMARGURA. Intenté una y mil veces la tiranía de unos versos que cañaran la derrota, premedité

calumniarte con rimas libres y sonetos de dolor. Imposible. Todo fue en vano. Me gustaría hablarte de mi felicidad, de mi nueva compañera, de mi nueva vida, pero ya lo vas, me es obligado hablarte de estos instantes que se merecen incorpóreos por tu ausencia, de esos focos del adiós que brillan clamorosos. Para finalizar, decirte que en la calle llueve, que sobran las miradas, que sobra casi todo, que casi sobre yo. Tú no estás, ya te has ido, pero a veces me pregunto si el que se ha ido soy yo.

Tristemente imbécil, acomodado en un ir y venir de imágenes absurdas, locura estereotipada dirías tú, regreso a aquel verano, a la tarjeta sobre la mesilla, a los paseos aburridos, a la tristeza de sentirte lejos, a la incongruencia de recordarte...

RELATOS
Diario de León
(16)